

El fragor de los hechos

Alvaro Amaya



Capítulo 1

El fragor de los hechos

Cuento

Invitados por el director del hospital y anticipando las euforias de la inminente diversión, entramos alborozados al salón donde la fiesta se encontraba en su apogeo. Jubilosos y apresurados y como dúctil y deslizando azogue, mis tres compañeros de trabajo desaparecieron rápidamente escurridos entre las fisuras de la multitud. Aturdido por el ruido, reaccioné definiendo que necesitaba un trago y que debía moverme hacia donde pudiera encontrarlo. La fuente buscada era la larga mesa del fondo del salón, surtida de bocados y licores y a la que entre empujones y codazos logré arribar.

Al volverme hacia la multitud con el vaso en la mano supe lo impensable del regreso. Era imposible atravesar esa compacta y apretujada masa viviente que la música condenaba al movimiento perpetuo. Intentar atravesarla era arriesgarse a ser engullido, aplastado, licuado y sorbido hasta el fondo de sus entrañas. Decidí ir hacia la pared a esperar que alguna mágica pulsación abriera el hipotético túnel que me regresara con mis amigos.

Inesperadamente el fragor de la música, las risas y los gritos que orquestaban el barullo sufrieron muerte súbita y en la milésima de tiempo al decimos momento, los movimientos se congelaron en la silente cámara fotográfica de mi cerebro. La acción se reanimó en cámara lenta en la que sometidos al hechizo de una comunal sumisión, mágicamente todos giraron sus cabezas hacia el mismo lugar del fondo del salón, donde el director del hospital, subido en algo que le permitía ser visto por encima de todos, sonrió, levantó manos y rompió el inesperado silencio para agradecer la presencia y explicar lo que se celebraba.

Dijo que había sido duro, difícil y arduo pero un enorme y feliz logro, contar por fin con este moderno equipo médico adquirido por el hospital cuya instalación celebrábamos. Repitió que era un triunfo, que había sido la lucha de muchos, que esto era un hito en la salubridad nacional, que agradecía al presidente y al ministro, su amigo por supuesto y a las otras autoridades, porque era motivo de orgullo y alegría, porque ahora la población, que las prácticas de los estudiantes de medicina y que la acertada selección tecnológica se había logrado gracias al apoyo incondicional de..., e inmediatamente ocurrió algo extraño para muchos pero no para mí.

El siempre roba cámaras, Mario mi compañero de trabajo, apareció mágicamente a la altura del director con su sonrisa de guapo seductor de

telenovelas, hizo un pequeño y rápido chiste con lo que este había dicho, pero que logró que todos prorrumpieron en las carcajadas que aprovechó para sintetizar lo glorioso de nuestra empresa por la tecnología que vendía y que gracias a ella, desde este hospital, todo el país disfrutaría del bla bla blá..., cerró con otro chiste que arrancó más risas y finalmente, el que recibió los atronadores aplausos por toda la zaga, por toda esa azarosa y sacrificada odisea para equipar el hospital, fue Mario.

El director y sus ahora más lamentables que gloriosos sacrificios en los que nada tuvieron que ver nuestros impuestos, quedaron esfumados porque se fueron despintando hasta desaparecer. El pobre ingenuo no sabía que a Mario jamás se le debía conceder la oportunidad del micrófono porque era hábil para robarse los brillosos méritos de cualquier show ajeno. No sólo se había ganado las comisiones y se había llevado el agradecimiento de la empresa por la gorda venta lograda, sino que ahora su triunfo había trascendido hasta anular al del director y lo irónico del momento fue que todos al aplaudir, se lo agradecían a él.

Estaba convertido en el héroe de la noche y eso era lo clásico en Mario, ese era su fuerte, hablar bonito, hacer florituras y decir babosadas con las que espontáneamente todos disfrutaban y olvidaban en el momento que las decía. Tenía el don sin duda alguna y nuevamente reí gozando de los oropeles verbales de sus increíbles engatusamientos. Era en esos momentos cuando yo siempre estaba seguro que Mario contaba con el más adecuado don para ser presidente de la república porque en la nuestra eso era suficiente y él lo tenía de sobra.

Y ahora pensé en mí. Al oír a Mario en estos momentos, no me explicaba por qué yo seguía siendo vendedor. Yo no tengo nada de ese don, ni nada que explique por qué a través de los años he perdurado en esto sin que la empresa se deshiciera de mí. Eso porque yo hablo poco, porque no me gusta desperdiciar las palabras y porque me siento avergonzado cuando se me escapan las pendejadas pero a pesar de esas diferencias, con Mario éramos buenos amigos porque otro de sus dones, era que entre él y los demás nunca quedaba resentimiento. Yo lo pinchaba y él hablaba para donde yo quería y eso le gustaba. Nos complementábamos porque lo recargaba de ideas y con ellas, de la energía que su cháchara consumía y a pesar que él solo había logrado la venta al hospital, hizo que nos invitaran para que disfrutáramos la música, la buena comida y los tragos de esta fiesta, para que ganáramos dinero pescando nuevos clientes entre los médicos y para que encontráramos chicas bonitas con quien acostarnos, nos decía en su imparable y profusa verborrea, pero lo que en el fondo yo sabía que lo llenaba a plenitud, era que fuéramos testigos de sus glorias, cosa que con nuestra presente y animosa solidaridad, no solo soportábamos sino que también disfrutábamos porque de egoísta, ese tal Mario de verdad no tenía nada, nada de nada, él sólo era un simpático

ególatra que compartía siempre que su dinero no estuviera de por medio.

Pero volviendo a pensar en mí, me fue más importante saber que vivía un momento de plenitud y satisfacción. Disfrutaba de ver a todos porque yo siempre me fijo en la gente pero hoy exageraba. ¿No les pasa que a veces vivimos momentos en los no se nos escapa nada de lo que nos rodea, que atrapados en una rara clarividencia, somos conscientes de todos alrededor, que podemos definir quién es quién, que de algún modo sabemos lo que todos quieren, lo que buscan o les disgusta, lo que les lastima o hace felices, para finalmente comprender que todo eso es lo que placenteramente nos identifica y reconcilia como miembros de esta humana familia a la que pertenecemos todos? Hoy me pasa con nitidez, pero debo confesar que vivir eso a veces me avergüenza. Me hace sentir ladrón de vidas ajenas, el que se roba el aura, la energía vital de los demás y a veces me he asustado pensando que ocurre porque mi vida es plana, chata, sin relieves, sin músicas ni ruidos y que es por eso que necesito de los otros, pero para ser justo conmigo mismo, también sé que he podido explicar cosas de mi interior solo porque las he descubierto en los demás.

Tampoco soy un refrenado. Lo juro. Sé reír de mí mismo cuando caigo en la cuenta que lo hago en momentos inadecuados, como la estupidez de hacerlo ahora en medio de esta fiesta, pero cuando me llega, es difícil escapar de eso. Si adentrarme en los pensamientos que me provoca observar a la gente, fuera lo contrario del pleno, irónico o sarcástico disfrute, de seguro que me echarían por la cara de amargado que tendría pero eso no ocurre. La mayor parte del tiempo me complace y por supuesto que río solo y que es frecuente que algunas personas crean que es con ellas con quienes lo hago y eso que debería hacerme parecer idiota, a veces me conquista empatías con los demás.

Cuando intenté cruzar entre la gente ya fue imposible porque en el momento que se reinició la música, con el reencendido barullo el hormigueante muro humano se volvió a compactar y me quedé resignado contra la pared, sorbiendo mi cuba libre y observando la animosa, loca y multiplicada interacción que ante mis ojos aceleraba su reproducción. En realidad mi mente lo veía como el loco movimiento de los átomos en la sólida y concreta materia que todos creen inerte y estáticamente muerta.

- Ya que no bailás, tomemos juntos -, me dijo la preciosa cara de una regordeta muchacha que se había detenido frente a mí, rezumando una alegre y confiada cordialidad mientras levantaba su vaso. Secuestrado de mi concentración le regresé su sonrisa.

- ¡Salud! -, le dije y choqué mi vaso contra el de ella.

- ¿Se dan cuenta? ¡No muerde! -, le gritó a las amigas que la rodeaban y por su abierto y saleroso desparpajo, estuve seguro que ella era el ariete

utilizado por ellas para el derribo de los muros en los asedios a las fortalezas masculinas.

- Soy Marta -, dijo y acercó su límpida mejilla para que la besara y eso indujo a otra de ellas para hacer lo mismo.

- Gabriela -, dijo esta, pero la tercera asesinó mi intento de acercarme porque no se movió.

- Noelia -, expresó en el mismo tono que Gabriela, con una mirada que indefinible brillaba y que hizo que detuviera mi atención sobre ella. Su insinuada sonrisa apenas borraba lo serio de su cara pero nadie podría decir que rechazaba la interacción. Su tranquilidad me provocó la tensión del recelo pero que estaba alegre por dentro, lo decían sus ojos, que también definían que eso era suficiente para no prodigarse. Marta y Gabriela acallaban su suave voz con el volumen de su cháchara y recordé que eso me pasaba con Mario en las reuniones porque sencillamente él siempre era el dueño de los escenarios pero la diferencia era que aquí, el espacio de la callada Noelia, por alguna razón permanecía intacto y en su justa presencia sin que tuviera que esforzarse por hablar. No lo necesitaba y algo de su actitud dejaba en claro que lo sabía.

¿Belleza? No era fea pero no era del tipo físico de las mujeres que me atraen. Morena, delgada de fluidas y estilizadas formas, cara estrecha y pelo liso pegado al cráneo, nariz y labios delgados, cuello también delgado y cejas en arcos poblados y definidos, en fin, una clásica virginiana agosto-septembrina y dolicocéfala, diría un adicto a las estrellas del horóscopo y a la humana fenotípica. Este tipo de mujer me sugiere personas fáciles para el enojo, de las que sufren insatisfacciones subterráneas que les cuesta identificar o frecuentemente dadas al sufrimiento místico que les niega el espontáneo disfrute de la espontánea vida. Siempre me lo dije y siempre les huí. En ellas existe un cierto alejamiento que las muestra como vírgenes inalcanzables de algún elevado nicho conventual, en las que siempre descubrirás alguna falta de plenitud o de desenchufe con la lógica realidad y no es raro encontrar en ellas el tipo conflictivo retorcido por la pasión. No señor, con el loco que ya soy, es suficiente. Conmigo no. Pero a pesar de eso la estaba viendo y le estaba sonriendo.

- ¿Bailamos? -, me gritó Marta tirando de mi mano mientras Gabriela le seguía el juego.

- No -, les dije, - No bailo, me gusta ver bailar -.

Lo tomaron a chiste y para burlarse, las dos se pusieron a bailar con movimientos exagerados a nuestro alrededor, hasta que una oleada de gente las enrolló y las perdió dentro del ruidoso muro de la multitud. Noelia me tocó el brazo, me hizo un gesto para que la siguiera y nos

sentimos expulsados cuando logramos salir al fresco exterior.

– Puff -, dijo con el labio superior perlado de sudor. – No se puede hablar allí -.

Sacó un pequeño pañuelo y se secó el sudor de la cara. Yo había salvado mi trago que seguía tomando a sorbos. Caminamos lentamente y llegamos a una banca de cemento bajo los árboles a los que un elevado poste de luz, exageraba sus sombras al estamparlas contra el suelo.

– No sos alguien normal -, afirmó cuándo nos sentamos. – Te estuvimos viendo porque arrugabas la cara y te reías solo. Nos acercamos por pura curiosidad -, afirmó.

– Y vos tenés la mirada estrábica que tienen todos los locos -, le dije vengativo.

Me vio sorprendida y un momento después quebramos la seriedad para reímos y confirmar que bromeábamos pero algo me avisó que no olvidaría lo que le dije. Era química bióloga del hospital y no sé qué fue lo que dije para que ella se enganchara en un motivado monólogo con el que confirmé que no le gustaba bromear o ser objeto de ellas. No preguntó nada sobre mí pero una hora después, la conversación perdió fuerza y se degradó a pausas rápidas y por culpa de la confusión en la que caí, le pedí que regresáramos al salón de la fiesta.

El pico más animoso de su más alocución que intercambio verbal, lo había alcanzado cuando emocionada me habló de microbiología, de la evolución de la vida, de la estructura y del funcionamiento celular y cuando después retrocedió a las células simples y me habló de los protozoarios, los antediluvianos animales unicelulares rudimentarios y hermafroditas, como el plasmodium, la vorticela, el paramecio y la bodicila. Ella me creía sumamente interesado pero la verdad fue que lo que hablaba, me hacía consciente de todo lo que se logra con la observación y me hizo recordar a los ornitólogos, a los que debíamos que pájaro no fuera simplemente animal con plumas sino que había diferencias, así como áptero, díptero, quiróptero, hemíptero, ortóptero o lepidóptero, eran maneras diferentes de decir insecto y al igual que persona no era simplemente un homidae, mamífero, bípedo, vertebrado, sino que además y gracias a la observación, cada una es en sí misma una soberana diferencia de entre los demás, como la que tenía frente a mí, que ella misma y sin que la empujara, se había inducido, reproducido y hecho crecer una inesperada y casi ahogante pasión que la había encendido como luciérnaga mientras hablaba.

No me son extrañas las artimañas que las mujeres usan para lograr sus propósitos pero idiotamente esta vez no lo percibí. Me llevó tiempo comprender y sentir que Noelia usaba lo que decía para coquetear y que

entre darme cuenta y quedarme perplejo, me había desconectado.

Entiéndanme, no es que me disguste la gente, que deliberadamente las rechace, que me mantenga a la defensiva para impedir que alguien me llegue hasta el fondo o que tenga miedo de los compromisos, no, no es eso. Tampoco es la indiferencia que sienten en los laboratorios por los conejillos de indias porque solo son objetos de estudio, tampoco es así. Es que mi interés por la humanidad me lleva a priorizar la disección mental que tal vez ahora lo reconozco, es lo que me impide darme cuenta de la empatía afectiva, pero debo decir que en un especial momento, Noelia me contagió con su inquietante emoción que hizo que la viera más allá de la desubicada sabihonda que se mostraba y que para ser sincero, me hizo lamentar no saber cómo enamorar con estructuras celulares como lo hubiera querido hacer, pero que para los dos y así sin más, eso había sido un momento de súbita y ahogante emoción, sin dudas lo había sido. Contradictorio y como siempre desubicado, me gustó pero a la vez me confundió. No supe qué decir y por eso fue que desde el parquecito que estaba al centro del parqueo de vehículos del hospital, le pedí que regresáramos al salón de la fiesta.

Cuando se adelantó sobre el angosto sendero de cemento en el que no cabíamos los dos, la contraluz que a través del vestido de Noelia perfiló su cuerpo y dibujó la sombra de sus piernas, me hizo apreciar que después de todo poseía la proporcionalidad perfecta de la silueta femenina que nos enseñara Da Vinci. Que conste que no me dejó arrastrar por la emoción porque sé que es la peor consejera para la objetividad, pero advertirlo no dejó de producirme la agradable sensación que me hacía reír bajo la penumbra de los árboles, mientras pensaba en ese tipo de gente con quien hablás y hablás y con las que a pesar de tus esfuerzos por interesarlas, permanecen inexpresivamente muertas dentro de sí mismas y que cuando cansado decidís abandonar y pendejamente se te ocurre decir “paralelepípedo”, para tu sorpresa eso es el abracadabra que las abre plenamente, lo que las hace brotar profusas y plenas de luz a la intensidad de la vida, como me había ocurrido con Noelia.

¡Paramecio! ¿Chusco no?, pero eso había derrumbado las puertas haciéndolo sorpresivo y atolondradamente emotivo.

Ya en el salón de los ruidos y apretujamientos, Noelia me abrazó para bailar pero no bailamos, nos quedamos entrelazados y solo nos movíamos con los empujones que nos daban los otros mientras nos asomábamos adentro de cada uno, mirándonos a los ojos sin parpadear.

La mayor parte de las personas no miran racionalmente y con esto quiero decir que se pierden de disfrutar o sufrir lo que están viendo. Yo sí me preocupo por hilvanar lo que pasa en cada momento, si no fuera así, no me estaría dando cuenta que un mercadólogo y una microbióloga, gente estudiada y con supuesto grado de autocontrol mental, estaban

suspendidos en la sorpresa irracional que produce la emoción de encontrarse para estar perdidos sin barreras ni estatutos, a pesar de eso, no olvidaba que debía aterrizarlo, que el momento exigía que fuera confirmado, sellado y rubricado y que solo los idiotas ignoran que un beso es la lógica receta para el caso y por eso fue que subí mi mano de la cintura hasta su nuca y suavemente presioné para acercar su cara a la mía. Los ojos de Noelia bizquearon, el sobresalto de su reacción nerviosa me contagió y con alguna brusquedad le di un tirón en el momento en que nerviosa reía y mi beso quedó estampado sobre sus dientes.

Para los que somos conscientes de los detalles que integran el todo de lo que ocurre, el tiempo transcurre con lentitud pero cuando desmenuzamos, alargamos e intensificamos la existencia porque es cuando la usamos a piel y conciencia como ahorita me pasa. Fui perfectamente consciente que con el beso, un efervescente burbujeo creció en mi estómago y me alocó los nervios, que me produjo una irracional y estúpida alegría cuando subió a mi pecho y que cuando revoloteó en mi cerebro perdí la capacidad de razonar porque solo quise que mis labios siguieran pegados a sus blanquísimos y húmedos dientes.

A Noelia le pasaba algo similar. El sudor de su labio superior ya no era por el calor del salón, no era su autocontrol el que manejaba su silencio y el brillo de sus ojos no llegaba de la electricidad de su inteligencia. Eso venía de otra fuente. Quise posar mi mano sobre su pecho izquierdo porque estaba seguro que allí sentiría el fuego que sin calores la encendía pero la prudencia me lo impidió y solo juntamos las mejillas y nos quedamos así, quietos y respirando, hasta que el sudor volvió algo asquerosa esa idiota y pegajosa manera de comunicar algo que no estábamos seguros que así debía ser comunicado.

La abandoné entre la gente porque era mucho lo que me había crecido adentro y que me

atascaba el entendimiento y la respiración. No es lo mismo provocación hasta clímax, a que te ocurra al revés. No señor. Eso te ataranta y te disloca. Supe que debía desmenuzar lo ocurrido, aterrizar las certezas de lo que había pasado y hacer predecible lo que iba a proseguir, porque la única seguridad que tenía era que estaba asido a una nube y que la sensación era de miedo porque no contaba con el firme suelo de las explicaciones. Me metí a un bar decidido a sedimentar pero fue en vano, no pude pensar porque en oleadas me llegaba una emoción que me empujaba a reír. Decidí abandonar y los tragos terminaron derrumbando mi intención de profundizar.

La segunda vez con Noelia fue más estúpida que la primera. Inmediatamente después de decirnos buenas noches, instintivos y como un par de locos desesperados, nos lanzamos uno sobre el otro, saltamos preámbulos y de inmediato llegamos a la última consecuencia pero sólo

fue para separarnos después, avergonzados por el mutuo, impúdico y desvergonzado desborde de nuestras emociones. ¿Erótico, morboso, libidinoso o maravilloso? Debió haber habido de todo eso pero no hubo tiempo para que me diera cuenta y eso me había enojado. Me contrariaba haber caído en algo sin razones previas y a Noelia seguramente le pasaba lo mismo porque estuve seguro que para ella, eso fue cometer un delito contra el orden lógico de las cosas, como el de la estructura celular que llenaba de racionalidad su existencia.

“Mis instintos cabalgaron cual corceles desbocados” leí en algún libro pero si debiera describirlo, así diría que fueron los primeros frenéticos y mudos meses de nuestros nerviosos y sudorosos encuentros. A los dos nos pasaba igual hasta que a fuerza de rememorar durante el día, los encuentros nocturnos en los que hambrientos de reconocernos y descubrirnos nos explorábamos, pudimos empezar a asimilar lo que nos ocurría, hasta que nuestra mutua y consuetudinaria conducta de razonar fue desgranando, alambicando y ganándole poco a poco al desborde.

¿Complementación, enamoramiento, atracción, romance detrás de la pasión? Ya era imprescindible acometer eso so pena de quedar reducidos a simples y vulgares fornicadores. Que nos gustaba hasta la fascinación era comprobable, bastaba verlo en los brillantes destellos de los ojos de Noelia que sin lugar a dudas eran espejo de los míos pero si no lo profundizábamos, nos quedaría la vergüenza de reconocer que nos atrapaba lo más puro y peladamente animal. Raciocinarlo era humanizarlo sin duda alguna. ¿Para encontrar alma y corazón? Razonando se llega al alma - y eso es para conocerte Noelia, para hacerte persona Noelia, no solo el inquietante cuerpo que hasta ahora eres - le decía mi mente ¿De Buda, Sócrates o Confucio? No importaba, ya era urgente pero no iba a ser fácil porque desde adentro, a Noelia le brotaban los hervores de lo que intensamente vivíamos hasta casi percibir un halo vaporoso a nuestro alrededor.

La seguridad y la certeza absoluta de sus gestos y de sus cómplices y ardientes miradas, condimentadas de pícaras sonrisas, la habían transformado pero lo que más sorprendía era su nueva manera de expresarse. El arrastrar de sus palabras que evidenciaba que primero pensaba antes de hablar, había desaparecido. Una nueva y deslizante fluidez le aceleraba la lengua con una velocidad verbal que apenas podía con la de su cerebro. Que fuera arrasadora algunas veces me encantaba pero en otras quedaba indecisa asombrado. Sin que tuviera que expresarlo pero dándolo por sentado, su actitud y su mirada aseguraban que la intensidad de su amor y su modo de verlo y entenderlo, ya era o debía ser enteramente el mío, como si por una única vez y en sagrado ceremonial secreto, lo hubiéramos pactado y nos lo hubiéramos inyectado como el físico y arcano pacto que debió quedar fijamente tatuado y de una manera tan imborrable, que nunca jamás podría ni debería volver a ser pensado ni repetido en voz alta, porque eso ya era un granítico y

consumado hecho que no admitía reconsideraciones ni retrocesos.

Alguna vez y con alguna aprensión, eso me hacía recordar el garfio que en alta mar los piratas lanzaban al barco perseguido para abordarlo y con el que lograban que su víctima quedara firmemente atrapada y no se separara nunca más del frío filo de sus espadas, pero era más frecuente que me solazara y que todo yo fuera una sola risa que gozaba de ser poseído. Me decía que eso era la entrega plena y absoluta que solo logra el amor. ¿El amor?

- No te olvides de la cena de hoy -, me decía al teléfono.

- ¿Cuál cena? -, pregunté,

- Cariño, quedamos con Marvin de ir a su casa hoy -,

- Ah! Gracias, estaré listo -.

- ¡Hola mi cielo! Hoy vamos al cine, no lo olvides -. Y otro día,

- Cuando decidimos que todos los jueves saldríamos a cenar juntos, me pareció una linda decisión. No rompás eso ¡que nos ha caído pero tan bien! -, y otra vez,

- ¿Qué te pasó? Te esperé en la casa de mis papás y no llegaste -,

- ¡Oh! Perdón, lo olvidé. Te lo compenso, quedémonos juntos hoy, ¿De acuerdo? -.

Me sentía culpable por no estar tan pendiente de ella como ella de mí, cuando me acordaba la llamaba, nunca se quejaba y eso me llenaba de culpas. No entendía por qué frecuentemente olvidaba los compromisos y tuve que pedirle que me llamara por las mañanas para que me recordara los del día. Cuando mi trabajo diario me hacía olvidarlos, empecé a escribirlos para no fallarle y por eso me di cuenta que la mayor parte de ellos nunca habían sido acordados.

Los inventaba y presionaba para que ocurrieran.

- Me quiere, quiere estar conmigo y por eso se los inventa -, me decía contento de justificarla pero un incipiente desagrado serpenteaba mis adentros porque sabía que no debía ser de ese modo.

- Nos sorprende el tierno afecto que Noelia siempre muestra por vos -, decían algunos amigos y me atrapaba la sensación que ella los intensificaba cuando estábamos con ellos y que eran menos frecuentes cuando estábamos solos pero con esa ternura que celebraban todos, Noelia marcaba su territorio, lo reclamaba y proclamaba su posesión. A

veces sentía la intensidad de sus miradas sobre mí y cuando rápido me volvía, cambiaban para ser sumisamente afectuosas. Creí que eran de sospechas por algo que en mí quería descubrir.

El día que celebrábamos cumpleaños de un amigo en un restaurante, el nudo de la cuerda que amarraba la caja de regalo era fuerte y no se deshacía. De manera espontánea Noelia sacó de su bolsa un par de descomunales y plateadas tijeras con las que a todos nos sorprendió. Parecían muy grandes para que fueran del cotidiano uso personal.

- ¡Lorena Bovitt! -, gritó mi amigo.

- ¿Qué es eso? -, pregunté.

- Es una mujer celosa que cortó el pene de su novio y esas tijeras me parecen perfectas para eso -, dijo riendo a carcajadas. - Cuidáte -, dijo señalándome con su índice y todos nos reímos.

Noelia no ocultó su desagrado por ser protagonista de la broma. Con la felicidad perdida nos explicó que siempre las llevaba porque al extraer sangre a los pacientes, debía cortar tubos, compresas o adhesivos para fijar catéteres y que en el laboratorio no se podía perder tiempo buscando con qué cortar, pero a mí me siguieron pareciendo amenazadoramente grandes aun para esos usos.

Queriendo revivir su pasión del primer día, un día le recordé al plasmodium, la vorticela, el paramecio y la bodicila y ella se quedó perdida. No logró caer en la cuenta de qué se trataba y ninguna otra vez las células le regresaron la pasión. Yo había intensificado mi atención porque quería descubrir lo que había detrás de esos fugaces momentos en los que trocaba rabias, cóleras y contrariedades por miradas tiernas y comprensivas, provocadas por algunas palabras que le decía, cuando fallaba a las citas o por algo prometido que no había cumplido.

Aunque me causaba gracia constatar su autocontrol para refrenar a su inestable animal interior, alguna vez pensé que detrás de esa Noelia afectiva y sensual, se agazapaba otra agresiva, tormentosa y egoísta que podría herir cuando algún día no la pudiera refrenar, aunque eso lo creía producto exagerado de mi imaginación.

Un día me sorprendió viéndola fijamente y se revolvió furiosa contra mí y con rabia reprimida me preguntó,

- ¿Creés que estoy loca? -, pero en el mismo momento derrumbó su actitud, dulcificó su mirada pero ya no me engañé y por esas cosas que uno racionalmente no sabe, supe que pensaba en que eso se lo había

dicho la noche que nos conocimos y se lo pregunté.

- Si -, confirmó, - Ya me lo habías dicho -, puntualizó con un ríspido y reprimido enojo del que de inmediato se arrepintió. Vino a sentarse sobre mis pernas y me abrazó y besó con una intensidad que la llevó a un llanto que me preocupó.

- No me dejes nunca -, me dijo cuándo se tranquilizó y como si hubiéramos sacado a luz algo malo de los dos, esa noche evitamos mirarnos a los ojos y más tarde conduciendo hacia mi casa, no lograba aterrizar si eso había sido una amorosa petición producida por el miedo de perderme o una ominosa advertencia.

Un viaje fuera del país, compromisos familiares y un inesperado incremento de posibles clientes que provocaron una buena cantidad de reuniones fuera de las horas de trabajo, fueron durante un mes los pretextos que usé para no ver a Noelia. Al principio ella minimizaba mis disculpas y me decía que no me preocupara, dos semanas después sus llamadas se habían reducido y una creciente inquietud interior me dijo que el tiempo sin vernos ya era groseramente excesivo y que más por mi paz que por buena conducta, estaba obligado a definir. No me quería engañar, sabía que detrás de mí renuencia a verla, campeaba la incertidumbre de la última vez, algún temor por lo que no terminaba de descubrir de lo que ya me parecía una extraña conducta y porque todo eso me hacía vacilar sobre si de verdad la amaba.

Organizamos una cena entre todos los amigos y acordamos que después todos iríamos a bailar. Esa noche no iba a tener tiempo para ir por Noelia a su casa y convenimos juntarnos en el restaurante. Cuando llegué un amigo a quien no veía por mucho tiempo, me secuestró en la puerta de entrada, no me dejó llegar con todos y me llevó al bar del restaurante en donde empezamos a conversar. Desde lejos observaba a mis amigos que se divertían con la abierta e ingenua franqueza de los adolescentes y me sorprendió al ver a la feliz y contenta Noelia. Enfundada en un rojo vestido de fiesta toda ella brillaba. Su pelo ya no estaba pegado a su cráneo, su peinado en ondas que crecían y caían sobre sus hombros, la habían cambiado totalmente y aun a esa distancia, sus ojos y sus dientes, al igual que los zarcillos que colgaban de sus orejas, refulgían. Toda ella era un precioso destello. En un momento en el que se puso de pie, por primera vez la vi con zapatos de altos tacones, que con su ceñido vestido, la habían transformado en una arrobadora estrella de cine. ¿Estaba yo accediendo a un nuevo modo de ver, se habían alocado mis hormonas o era cierto que Noelia también podía ser otras personas?

- Guapa la desgraciada -, me dijo mi amigo cuando se dio cuenta que la miraba.

- ¿La conocés? -, me preguntó y como no le contesté, - Te la voy a presentar -, dijo y en plan de audaz Don Juan, enseguida se encaminó hacia mis amigos.

Conocía a uno y sentó entre ellos. No me habían llevado la cuenta de lo que habíamos consumido cuando él se levantó, tendió su mano a Noelia y tomándola del brazo la llevó al bar conmigo. El encuentro fue como si hubieran pasado cien años añorándonos. Sin que le importara el entorno me abrazó y besó de a largo y sin reticencias y sus risas de satisfacción no se detenían. Era evidente su placer de verme y su apretado abrazo comunicaba sus deseos. Noelia creyó que lo ocurrido había sido mi estratagema para sacarla del grupo y cuando se dio cuenta que además de burlado, estaba sobrando, mi amigo se largó.

Como ocurrió al inicio, esta seductora y sorprendente nueva Noelia despertó mi física necesidad de estar con ella y en vez de ir a bailar le pedí que fuéramos al hotelito de fuera de la ciudad que frecuentábamos, a lo que contenta y puesta en acción y sin dudarlo accedió, pero mi entusiasmo inicial se fue diluyendo durante el recorrido hasta estar desaparecido por completo al abrir la puerta de la habitación del hotel. Ocurrió porque a mitad del camino, en sus miradas rápidas, cortas e inquietas, percibí una crispación que contradecía su superficial y sonriente tranquilidad.

Un temor se me encendió y ahora me sabía a estupidez la ocurrencia de traerla al hotel. Suspender súbitamente nuestros encuentros, debió haberla enojado, lastimado o alterado y ahora me percataba que ninguno se había referido a esa separación. Si existía, hablar hubiera permitido desahogar esa presión pero ya no había marcha atrás.

No nos dijimos nada al entrar ni al desnudarnos y el mutuo frenesí de la abstinencia ocultó mi aprehensión inicial pero su delicado sensor femenino, sensible a la levedad de los cambios, algo le dijo y aún antes que hablara, supe que todo se derrumbaba.

- ¿Qué te pasa? -, me pregunto sentándose asustada en la cama y mirándome con ojos dilatados. Su tono fue la misma sorpresa que descubrirlo.

- ¿A qué te referís? -, le pregunté contagiado de su susto.

- ¡No sos el mismo! -, exclamó al filo del descontrol, sorprendida y acusándome quejumbrosa. Me tomó la cara con sus manos y preguntó en abierto llanto,

-¿Es porque ya no me querés? -

Supe que nada podría contradecir lo que ella había descubierto y no quedó más que la desnuda verdad.

– No, ya no te quiero –, me salió con una espontaneidad tan definitiva que sentí frío cuando lo dije.

Después del aturdidor golpe, lentamente nos desarmamos, nos desgajamos y nos desdoblamos. Me sentía licuado. Nos quedamos quietos, acostados boca arriba, la tensión física había desaparecido y nos habíamos cubierto de silencio pero eso solo era la calma del ojo del huracán.

Como si la relajación hubiera tocado su más frío fondo y se iniciara el rebote, percibí que su cuerpo se tornaba pesado, Noelia se crispó en un espasmo que la contraía y la llevaba a la rigidez. Su garganta empezó a emitir un gemido comprimido. Súbitamente se sentó, se inclinó hacia su mesa de noche, una ráfaga de miedo me pinchó y en el momento en que veloz se volvía hacia mí, me lancé hacia el lado opuesto cayendo estrepitosamente al suelo, al que no sentí llegar porque me levanté casi antes de caer y pude ver las refulgentes y enormes tijeras de Noelia enterradas en el mismo sitio del colchón donde momentos antes había estado mi pecho.

El lastimero quejido se seguía escapando de su garganta y se había quedado boca abajo sobre la cama, donde los convulsivos espasmos de su llanto la mantenían palpitante. Sus ojos no veían, se había apretado en un nudo de dolor y para ella nadie más estaba allí.

Un fuerte escalofrío me regresó a la consciencia.

Me di cuenta que bajaba conduciendo velozmente por la carretera, que iba sin camisa, que manejaba sin zapatos y que había dejado mis anteojos en la habitación del hotel. El zigzag de mi manejo era consecuencia de mis temblores y porque exagerada y fuertemente, aferraba el liso volante que el profuso sudor de mis manos empapaba, mientras mis miopes ojos intentaban adivinar el camino.

Atrapado en la ansiedad de explicarme lo vivido, mi acelerado cerebro barajaba las urgentes palabras que necesitaba para regresar a la cordura, al entendimiento y a la lógica seguridad del sólido piso de la existencia, demente, paranoica, sicótica, esquizofrénica, loca, trastornada, histérica, obsesiva, compulsiva y neurótica, alocadamente se me revolvían con plasmodium, vorticela, paramecio y bodicila.

Álvaro Amaya G., Guatemala, C.A.

Subido a www.megustaescribir.com el 8 de Septiembre 2018.-

Foto:Pixabay